

# LOS LIBREROS DE COVENTRY

Kristy Cambron

Traducción: Constanza Fantin Bellocq



## PRÓLOGO

*17 de octubre de 1908  
Plaza de Broadgate  
Ciudad de Coventry, Inglaterra*

¿CUÁNTAS VECES EN LA VIDA PODÍA UN MUCHACHO DECIR que estaba arriesgando el pellejo, haciendo lo que menos habría imaginado... por una chica?

Para Amos Darby, que había golpeado a la puerta de un tendero tratando de convencer al anciano de que le abriera después del anochecer, era la primera vez. Pero jamás imaginó que entraría en la tienda de segunda mano más extravagante de Coventry, en plena plaza del mercado, para vender pertenencias de una dama extraídas de un baúl de viaje. Imposible de creer si no fuera por las rarezas que lo rodeaban: una pared cubierta de relojes cuyas campanadas sonaban desacompañadas, torres de libros apilados al azar, sombreros de dama que parecían a punto de caer del mostrador y un cuervo taciturno que chillaba tras los barrotes de su jaula de bronce. Todo mientras el tendero se tomaba su tiempo para inspeccionar los objetos que Amos había traído.

El plan de entrar y salir en diez minutos no se estaba cumpliendo.

Si solo hubiera sabido que salir de la tienda sería la parte más fácil... Casi se arrepintió de haber ganado el tira

y afloja al regatear por estos artículos lujosos. Después de cargar el estuche de madera del violonchelo y una bolsa repleta de libros por toda la calle adoquinada, pasó frente a las tiendas de dulces, tabaco y verduras, y regresó a la calle Greyfriars con los brazos doloridos por el esfuerzo.

El carruaje esperaba donde él lo había dejado, en las sombras del callejón, fuera del alcance de la luz de las farolas de gas.

Una mirada rápida por encima del hombro —por fortuna no había nadie que pudiera verlos en el crepúsculo— y Amos golpeó la puerta. Charlotte asomó la cabeza tras la cortina y entonces, como por arte de magia, su rostro se iluminó al ver el voluminoso estuche castaño que él apretaba contra su cuerpo.

La puerta se abrió con un chirrido de bisagras. Charlotte echó hacia atrás su capa de montar para que sus brazos pudieran alcanzar mejor el violonchelo.

—¡No puedo creer que haya funcionado! ¿Lo compró todo?

—Todo, incluido tu baúl. Aquí tienes. —Amos soltó la correa de la bolsa de mensajero que le colgaba del hombro dolorido y dejó caer la carga en el suelo del carruaje—. Podrás darme las gracias más tarde. Ayúdame a guardar todo esto y salgamos de aquí antes de que alguien nos vea.

Esta amiga suya —de cabello dorado y ojos tan brillantes como su contagiosa sonrisa— parecía completamente deslumbrada por la presencia del instrumento. Charlotte inclinó el estuche dispuesta a abrirlo allí mismo. Y aunque lo que más deseaba Amos era dejar que lo hiciera, los relojes de la tienda aún seguían marcando el tiempo.

—No tenemos tiempo Charlie. —Amos utilizó el apodo que había puesto a lady Charlotte Terrington años atrás. Subió al carruaje y se sentó frente a ella, cerró la puerta y golpeó el suelo con la bota para indicar al cochero que se

pusiera en movimiento—. ¿Estás segura de que el cochero no dirá nada?

El carruaje se puso en marcha con un brusco movimiento hacia las afueras de la ciudad, a la hacienda familiar de ella.

—Por supuesto, jamás nos delataría, me cuida desde que nací.

Satisfecho por el momento, Amos asintió y se hundió en el cojín del asiento; el suave terciopelo le permitía aflojar sus músculos extenuados y respirar. Y tratar de no pensar en lo que se le acababa de ocurrir mientras Charlotte inspeccionaba el estuche de madera.

¿La consentía él también? O, peor aún, ¿sería él un niño consentido para ella?

¿Cómo, si no, podía esta menuda heredera de doce años haber convencido al hijo de un granjero, tan solo tres años mayor que ella, de vender vestidos de elegante diseño para comprar el amado violonchelo del que su madre se había deshecho? ¿Y cómo podía él, por su parte, obtener libros que jamás habría podido costearse? Amos no tenía respuestas. Lo único que sabía era que, milagrosamente, nadie había descubierto ni la alocada excursión a la ciudad ni la amistad secreta que mantenían desde la infancia.

—Si tu madre descubre que vendí tus vestidos...

—No lo hará y no fuiste tú, fui yo quien los vendió.

—¿Y si mañana los ve en el escaparate?

—Mi madre no pisa Coventry. Además, tengo tantos que no se dará cuenta de que no están. Solo mi doncella podría darse cuenta pero no dirá nada... y menos si le compro algo en nuestra próxima visita a Londres.

Charlotte desestimó el asunto con un movimiento de la mano y volvió a abrazar con fuerza la parte superior del estuche. No volvería a desprenderse de él con facilidad.

—Te dije que los nombres de diseñadores como Worth

y Lucile bastarían para convencer al tendero de que sabías más que él sobre su valor. Y aquí está mi tesoro, de vuelta entre mis brazos. ¿Cómo te lo podré agradecer?

—No hace falta —susurró Amos, sonriendo por dentro—. De todas maneras fue más mérito tuyo que mío, yo no sabía de lo que estaba hablando sobre el violonchelo, soltaba frases como “Es un Betts, pero no un modelo Stradivarius...”.

Charlotte era mucho más astuta de lo que su crianza privilegiada dejaba entrever. Había rastreado la tienda donde su madre había vendido el violonchelo, había convencido al cochero de que los llevara hasta Coventry para recuperarlo y luego había fingido un dolor de cabeza para que ella y Amos pudieran escabullirse mientras el conde y la condesa entretenían a sus invitados en la cena. Era un plan admirable aunque a él le dolieran el cuello y los brazos el resto de la semana.

—Lo único que tuve que hacer fue imitar vuestras maneras elegantes de hablar para que el tendero mordiera el anzuelo. Su orgullo lo convenció de que necesitaba más lo que la tienda Hanover calle abajo no tenía que aferrarse a un violonchelo usado y a unos libros viejos.

—¡Ah, es cierto, los libros! Casi lo había olvidado. —Charlotte miró el tesoro dentro del bulto de lona a sus pies—. ¿Qué conseguiste?

—Todo lo que pediste: Jane Austen, Emily Dickinson, las Brontë, Keats y Kipling, aunque tu madre no lo aprobaría.

—Claro que no aprobaría que una jovencita se llenara la cabeza con frivolidades románticas cuando podría estar aprendiendo el noble arte de cómo casarse bien. No se da cuenta de que Austen podría ser un manual de instrucciones para ese propósito. —Charlotte hizo a un lado el violonchelo y extrajo un volumen de la bolsa—. *Dombey e hijo*.

—También elegí unos cuantos que quería yo en pago por el riesgo, claro. Si voy a ser dueño de una tienda algún día...

—*Vamos* a ser dueños —lo corrigió ella, ladeando la cabeza—. ¿Recuerdas? A partes iguales, como dijimos.

—Es cierto. Si vamos a ser dueños de una librería, más vale que leamos lo que vendemos. Dickens me pareció tan buen autor para empezar como cualquier otro.

—Yo habría abogado por Austen. —Charlotte intentó ponerse seria pero cedió y suavizó la expresión con una sonrisa al entregarle el libro—. Pero como hoy me has devuelto mi tesoro, no puedo enfadarme. Aunque no podré conciliar el sueño hasta poder escaparme mañana al invernadero y tocar todo el día. —En un tono más suave preguntó—: ¿Vendrás?

—Allí estaré.

El invernadero, su escondite cerca de la granja de Amos en Holt Manor, en un extremo de los jardines de la propiedad familiar de Charlotte. Sería el lugar perfecto para esconder el violonchelo que su madre consideraba inapropiado para una dama de su posición. Y también para ocultar los libros que, según el padre de Amos, eran una pérdida de tiempo para el hijo de un granjero. Pero ¿qué sabían los padres? Creían que cada hijo tenía su lugar en la jerarquía de la vida y debía saber cuál era.

Sin embargo, y a pesar de todo, Charlotte y Amos siempre habían logrado encontrar cierta libertad en la compañía del otro: ella tocaba el violonchelo hasta hartarse y él leía los libros de ambos en voz alta. Ninguno de los dos pensaba en que esos días estaban contados, ya que las hojas del calendario pasaban, ni tampoco en que la plenitud era algo sencillo que no se dejaba definir ni por un palacio lujoso ni por una humilde granja.

Amos bajó la mirada a sus manos callosas sin darse cuenta. Cuando sintió sus ojos mirándolo, levantó la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho, ocultando sus ásperas palmas. Charlotte lo observaba en silencio, con el dedo

índice tocando una melodía silenciosa contra el estuche del violonchelo. Su expresión ya no mostraba la alegría de hacía unos instantes.

—¿Qué pasa? Pensé que estarías feliz.

—¿Ser granjero es algo que anhelas?

Amos suspiró, estiró las piernas y cruzó una sobre la otra; el remiendo en la rodilla era visible incluso en las sombras.

—No es necesario que hablemos de esto ahora. Disfruta de tu tesoro.

Con su estatura de más de un metro ochenta y su cabello castaño rojizo, Amos sabía que parecía mayor. Eso, así como la confianza de una mirada firme, tal vez le habían dado poder para regatear en la tienda de segunda mano. Pero la línea de suciedad permanente bajo sus uñas y los pantalones remendados no mentían, ni siquiera dentro de un carruaje oscuro. Por mucho que quisiera, el hijo de un arrendatario no tenía derecho a soñar más allá de los días de la infancia con la hija del conde, que vestía Worth y Lucile y urdía planes descabellados en su tiempo libre.

—¿Lo deseas o no?

Era fácil adivinar que ella no iba a darse por vencida.

—De acuerdo. No, no quiero ser granjero.

—Y, sin embargo, planeas suceder a tu padre como arrendatario algún día.

Él se encogió de hombros.

—¿Quién más lo hará?

—Te he prestado casi todos los libros de la biblioteca de mi padre. Lees más que cualquier tutor que haya tenido y es probable que también sepas más. ¿Por qué no intentas al menos recibir una educación formal?

—¿Y con qué dinero la pagaría? —Amos rio ante lo absurdo de la idea—. Con un padre granjero de Newcastle y una madre hija de granjeros de Coventry, algunos estamos

destinados a nuestras vidas desde antes de nacer. No me quejo, simplemente es así.

Charlotte se inclinó hacia adelante, con esa ingenuidad juvenil de quien no veía los obstáculos que obligaban a Amos a pasar horas interminables trabajando en el campo todos los días. Cómo iba a entender esas cuestiones si su vida era pasear por los salones dorados de su mansión o disfrutar de expediciones de compras a Londres pagadas con el interminable flujo de dinero de las arcas familiares.

Un abismo separaba sus mundos. Ella no alcanzaba a ver lo que había al otro lado.

—“Los libros son un escape que libera al lector de las pesadas cargas de este mundo”. ¿No me dijiste eso una vez? Pueden desafiarnos y también consolarnos. Entretenernos y educarnos. Incluso salvarnos de maneras inesperadas. Has utilizado las palabras *arte*, *oxígeno* y *vida* para describirlos. Alguien que ve tanto valor en esas páginas debería también entender que podrían alejarlo de un futuro que no desea. Es lo que Dickens escribía para sus personajes. ¿No es lo que deseas para ti?

—¿Yo dije todo eso? —Aunque sabía que era cierto, Amos entrelazó las manos detrás de su cabeza con una actitud despreocupada que intentaba desafiar cada palabra—. Suena bastante poético para alguien como yo. Quizá debería empezar por leer a Keats.

—Hablo en serio Amos.

—Yo también —respondió él, en el mismo tono directo que ella había usado—. ¿Qué quieres que haga, Charlie? ¿Cómo podrías entender tú lo que es un futuro ya trazado?

Charlotte frunció el ceño, dejando entrever que el comentario le había dolido y levantó el borde de su falda, disconforme con sus palabras.

“Mala jugada Amos”.

—Tienes razón, lo siento. —Lo que menos querían era

discutir sobre el lugar de una joven en la sociedad cuando los dos estaban atrapados por las limitaciones que los rodeaban—. Sé que lo entiendes, sospecho que mejor de lo que lo entendería yo si estuviera en tu pellejo. Pero yo no tengo baúles para vender. Lo único que quise decir fue que algún día seremos mayores y tal vez nos veamos obligados a aceptar las cosas como son. Por eso nos encontraremos en el invernadero: yo leeré mis libros y tú tocarás el chelo. Lo seguiremos haciendo hasta que la realidad choque con esos sueños.

—¿Incluso si ambos sabemos a dónde nos llevan nuestros caminos?

—¿Y dónde es eso?

Amos sonrió, como lo hacía siempre que estaba con Charlie, la heredera que no tenía idea de las cosas que él callaba: que ese sueño compartido era lo que lo mantenía en pie. Ya había decidido en lo más profundo de su ser que, si existía un muchacho que arriesgaría el pellejo por una chica una y otra vez en su vida, ese sería él. Por ella.

Lo único que tenía que hacer Charlie era pedírselo.

—Por ahora a casa... ya veremos qué trae el mañana.